

ALFREDO CHACON

La diversidad de aristas y facetas quizás sea el rasgo que predomina en el libro más reciente de Vicente Gerbasi. Salido a la luz hacia finales de 1991 en edición de refinada sobriedad impresa por la Editorial Binev, "Diamante fúnebre" es la entrega inaugural de la Colección Encantamientos para Encantados, emprendida al lado de Tierra de Gracia, esa otra colección magnífica, bajo la dirección del poeta fotógrafo Enrique Hernández D'Jesus y el editor, también fotógrafo, Roberto Colantoni; por desgracia hace poco desaparecido de entre nosotros para siempre. Pero aristas y facetas múltiples no quieren decir en este libro cambio de rumbo ni de tonalidad en la dición gerbasiana, tal como ella se ha afirmado (desde el desborde de la exuberancia imaginística hasta la clarividencia de lo álgido palpable) a partir de "Olivos de eternidad" (1961).

Las aristas, patentes como trazos de unión, discontinuidad o cadencia entre los puntos inflexivos y los estratos de revelación que van haciendo el cuerpo en movimiento del poema, ocupan un amplio espectro de escogencias. Unas veces responden a conexiones directas e inmediatas entre las oposiciones más extremas: "En un segundo la muerte/ se mira en el espejo.", "No sé si es de día/ o si es de noche.", "El loto flota en la transparencia/ del alma." Otras veces, la polaridad se suaviza para abrir un espacio más propicio a la copresencia de instancias mediadoras: "Tú y yo/ permanecemos/ callados/ bajo un cielo de hojas que vuelan.", "Soy un café/ donde no te encuentro.", "Bajo, y silenciosamente/ llegó a mis manos/ después de haber estado cerca/ de la cara de un tigre." Asimismo son frecuentes las cláusulas en que la polarización cede su sitio a la secuencia sin que se pierda la tensión del encuentro, el choque o el cruce de los ineludibles extremos: "Yo corro las cortinas/ de la mañana/ para ver el mar/ pero en mi ser/ habla tu muerte.", "Más allá, en las tinieblas/

'28 wtaeionml' = 31-8-92  
**LA VOZ Y LA PALABRA**

## El duelo diamantino de V.G.

del universo./ nace una flor./ así como en los países nórdicos./ finalizando el invierno./ brota de la nieve/ una flor blanca/ y como en el tróptico./ la flor del café/ es la nieve/ en el verde oscuro del follaje."

Las facetas, por su parte, abundan en diseños diferentes pero cónsonos con un mismo temple poético. El duelo mortuario predomina, muy netamente connotado. No como el duelo que gusta de fusionarse con la hisetria y en vez de sentirse por completo prefiere dar lástima, justificar su cobardía en la autocompasión desparrramada, indecorosa, reveladora de culpas en el desamor y el estrago, tanto como en la desidia o la falta de coraje para superarlos o asumirlos con todo el aliento de que se pueda

disponer. No. Aquí lo que aparece no es el duelo motivado por un dolor desmentido en aras de la indolencia, sino un dolor y un duelo inconfundiblemente gerbasianos. Vale decir, un duelo y un dolor sufridos como ingrediente fatal de una vida que no ha hecho del abandono de la exigencia vital un medio de transacción con la deficiencia humana; vividos como experiencia extrema y confirmadora del temple existencial de la poesía gerbasiana. Una poesía para la cual el duelo, la muerte y el dolor nunca han sido ni extraños ni automáticos y cuya capacidad para el deslumbramiento nunca ha escondido a la incapacidad para el sufrimiento.

Así, entre estas múltiples facetas aparecen, bordeando, sustentando o

sirviéndole como caja de resonancia al excelso lamento amoroso por la pérdida de la mujer amada, casi todas las figuraciones emblemáticas de la poesía y de la poética de Vicente Gerbasi. En tal sentido, puesto que las convoca a casi todas en el breve tiempo de su despliegue, el poema que da comienzo al libro viene a ser especialmente elocuente: "Qué silencio/ tan profundo/ se oye en tu muerte./ Se abre el arcoiris/ en la soledad de la tarde./ Sólo oraciones/ se oyen en el curso/ del río./ El agua habla/ con las piedras./ Tu y yo/ permanecemos/ callados/ bajo un cielo/ de hojas que vuelan".

En todas las páginas de "Diamante fúnebre", alternándose unas veces y otras acompañándose o anticipándose, hay de todo lo que a lo largo de más de cincuenta años de sabiduría poética ha sido constelado por la obra de Vicente Gerbasi: amor y muerte ("Yo vivo por la vida y por la muerte"), cometas y estrellas ("La estrellita del cometa/ baja al jardín de los pavorrales"), soledades y lejanías ("Si uno vuelve la mirada/ hacia el

azul distante./ encuentra su propia soledad"), ciudades antiguas. ("El rojo púrpura del anochecer/ le da color de vino a la arquitectura"), así como también, reafirmando la inquebrantada disposición del poeta a reconocer y hacer cada vez más suyas las "transparencias del alma", hay toda una multitud perfeccionada de catacumbas, aves misteriosas, lugares tristes, sonidos musicales, ropas, máscaras y flores como el universo: "Más allá, en las tinieblas/ del universo./ nace una flor..."

Y en el centro palpitante de este tránsito universo que sostiene el verbo de Gerbasi, la vejez, la oración, la soledad y el llanto, todo alcanzado en una ejemplar fidelidad a las exigencias de la vida, de la muerte y del poema: "Con las llaves nocturnas/ abro tumbas etruscas./ Los eróticos ojos de la noche./ Arriba ondula el trigo/ y una que otra amapola/ que va con el viento de la espiga./ En los murales/ hombres y mujeres abren sus corolas./ donde la vida distante no termina./ Así es el día/ y así es la muerte/ en estas solitarias sepulturas".